

ALEMANIA, SU REUNIFICACION Y EUROPA

NOTAS SOBRE LA POLITICA EXTERIOR DE UN PAIS DIVIDIDO

SUMARIO: 1. *Política de integración europea*: 1.1. Nota histórica. 1.2. Los dos niveles institucionales europeos: la cooperación y la integración.—2. *Los partidos políticos alemanes ante la integración europea desde 1950*: 2.1. Política europea y política de reunificación: el dilema. 2.2. La Unión demócrata-cristiana (CDU). 2.3. Los social-demócratas (SPD). 2.4. Los liberales.—3. *Una política a revisar: De Gaulle, la "détente" ruso-americana*: 3.1. Los alemanes y De Gaulle: 3.1.1. Strauss y los «gaullistas» alemanes. 3.2. La *détente*. 3.3. La «nueva» política europea de Alemania: 3.3.1. Augstein y el *Spiegel*.—*El destino trágico del Estado alemán*.

1. POLÍTICA DE INTEGRACIÓN EUROPEA

1.1. *Nota histórica*

Cuando hoy se habla de Europa no se hace referencia a la existencia de una serie de países que constituyen un continente de la tierra, ni tampoco a la común historia que se ha forjado entre estos países, ni a su posible común cultura, ni semejanza de instituciones políticas; cuando hoy se habla de Europa a lo que se está haciendo referencia es a un fenómeno nuevo y extraordinario: *la integración política y económica de parte de esos países europeos con el objeto de crear una unidad política superior a la de un Estado nacional soberano*, agente político predominante en las centurias anteriores, y en especial durante los últimos ciento cincuenta años.

Y, ¿por qué esta tendencia a la unidad?

No es lugar aquí de responder a la pregunta «¿Qué ha sido Europa?» con unas «excursiones históricas más o menos afortunadas» (1) y, sin embargo, merece la pena recordar que ese impulso a la unidad de Europa es tan viejo como la toma de conciencia con esa realidad cultural, religiosa o política europea. Tras el fracasado intento imperial católico de Carlos V, la paz de Westfalia, de 1648, constituyó los Estados territoriales alemanes, venciendo la «libertad» de los Príncipes sobre el poder central del Imperio, que se deshizo en una laxa Confederación de Estados soberanos, aún admitiendo lo discutida que resulta la idea del Imperio en los siglos XVII y XVIII por los historiadores. A las guerras que asolaron a Europa, las iniciadas por Luis XIV, la Nórdica, la de Sucesión española, siguieron los años de «política

(1) SÁNCHEZ-AGESTA, en «La evolución política y constitucional de la Europa contemporánea». *Revista de la Universidad de Madrid*, vol. XII, núm. 46.

«europea de conveniencia», a principios de un siglo inefable: el de la Ilustración. Y es lógico que en este siglo, tanto por su talante cosmopolita como por la propia experiencia de tanta guerra, empezó a articularse de nuevo el sueño de una unidad política europea que traería la «paz universal». Los nombres de Saint-Pierre, Rousseau y Kant son hitos de las utopías de paz y unidad de los gentilhombres del siglo XVIII. El siglo XIX produciría el movimiento socialista de clara orientación internacionalista en su versión marxista, federalista, en la figura de Proudhon. Y la fórmula mágica de los «Estados Unidos de Europa» tiene su nacimiento, a decir de G. del Vecchio, en 1850, de la pluma de un italiano: Cattaneo; el nacionalismo italiano de Manzini tendría su justa compensación en su «ordenamiento federativo de la democracia europea».

Pasadas las guerras centroeuropeas de la segunda mitad del siglo XIX, que crearon el último gran Estado, el alemán, el idealismo europeísta volvió a surgir en la Conferencia internacional de 1899, de La Haya, en el Congreso de Ciencias Políticas de 1900, en París, dando vida a esa «vieja utopía de unión europea». Tras la guerra del 14-18 sería un americano, Wilson, quien impulsaría dicha ilusión con la fallida «Sociedad de Naciones», nacida en un período entre las dos guerras que se ha llamado «veranillo de San Martín» de las democracias europeas. El intento de Briand de «hacer los Estados Unidos de Europa», presentado a la Asamblea de la Sociedad de Naciones el 7 de septiembre de 1929, que acabó en un memorándum sobre la «organización de un régimen de unión federal europea», estaba ya olvidado al morir su autor en 1932.

Antes de estallar la segunda guerra mundial y frente a la amenaza del totalitarismo —el peligro común ha sido un incentivo también para los movimientos europeos tras la segunda guerra mundial— surgen la Europa Union de 1933, la Unión Aduanera Europea de 1930, la Federal Union de 1938. La «unión europea» que vio el mundo bajo el orden nacional-socialista, es bien conocida, y llevó al mayor holocausto que ha conocido la Humanidad.

De nuevo un anglosajón vendrá el 19 de noviembre de 1946, ante un auditorio reunido en la Universidad de Zurich, a pronunciar a fórmula mágica:

«Debemos crear una especie de Estados Unidos de Europa... El primer paso será constituir un Consejo de Europa.»

Desde luego que Churchill nunca pensó incluir, con todas sus consecuencias, a Inglaterra en este movimiento europeo, ya que entonces todavía se creía posible el juego mundial del imperio inglés como poder intermedio entre

Estados Unidos y los países europeos, pero no deja de ser irónico que la idea puesta de nuevo en marcha en 1946 por el líder inglés, condujese a una de las mayores afrentas que ha sufrido Inglaterra: ser rechazada por el Club europeo en 1963.

A partir de 1946 la idea europea se extiende y va fortaleciendo los espíritus socialistas con su Movimiento socialista por los Estados Unidos de Europa, y en la democracia cristiana con los Nuevos Equipos internacionales. Claro que tanto pluralismo de un movimiento que preconizaba la unión, lleva en 1947 a establecer un Comité Internacional de Coordinación de los Movimientos por la Unión europea, que convoca una serie de Congresos, el primero en La Haya en 1948, para fomentar la unidad europea, que se tradujo en la constitución de un Movimiento europeo de clara concepción federalista. Las sucesivas declaraciones favorables de los Gobiernos francés, inglés y del Benelux, creaciones de un Comité permanente para el estudio y desarrollo de la Federación Europea, lleva, finalmente, a la histórica fecha del 5 de mayo de 1949, cuando se firmó en Londres un Tratado sobre la constitución de un Consejo de Europa con sede en Estrasburgo, concluido por diez Estados (Benelux, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, Dinamarca, Noruega y Suecia) a los que se unieron siete (Alemania Federal, Austria, Grecia, Islandia, Sarre, Turquía, Suiza) (2)

Desde esta fecha hasta nuestros días la historia del movimiento europeo es compleja, con altibajos, crisis y euforias, pero los resultados son, en cierto sentido, muy notables.

1.2. *Los dos niveles institucionales europeos: la cooperación y la integración*

Recordemos los nombres que surgen en la lectura regular de cualquier periódico.

Tenemos primero:

I. La Comunidad del Carbón y del Acero (CECA), julio 1952.

II. La Comunidad Económica Europea (CED o Mercado Común) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom), tratados firmados en 1957, comunidades de las que ha salido el Parlamento Europeo (1962), que antes (1958-62) se llamó Asamblea Parlamentaria Europea.

III. La Unión Europea Occidental, 1955, Ersatz de la famosa Comunidad Europea de Defensa, y de gran importancia para Alemania, ya que significa su plena entrada en la NATO.

(2) En este simplificado esquema me he servido, entre la enorme cantidad de bibliografía, del libro que tenía más a mano. BERNARD VOYENNE: *Historia de la idea europea*, Labor, 1965.

IV. Junto a estas instituciones de verdadera integración hay que citar la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), que nació con el Consejo de Europa, y a la que pertenecen diecinueve países (España también), y de la que han salido la Unión Europea de Pagos (1950), etc. De la labor del Consejo de Europa han surgido más de dos docenas de Convenciones, entre las que hay que destacar la Convención Europea para la protección de los Derechos del Hombre, de 4 de noviembre de 1950.

Naturalmente, como todo el mundo sabe, son las instituciones citadas en I y II las que realmente suponen uno de los más extraordinarios avances en la consecución de ese viejo deseo de unidad de Europa, y a ellos, como miembro de pleno de Derecho, pertenece la República Federal Alemana, nacida en 1949, que se dio a título provisional, una ley Fundamental el 23 de mayo de 1949 y que adquirió la soberanía el 8 de mayo de 1955 con la entrada en vigor de los Acuerdos de París. La República Federal Alemana, junto con Francia, Italia y los países del Benelux, esto es, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos, constituyen lo que se conoce por «la pequeña Europa», y la hasta ahora *única y verdadera realización de este viejo ideal de unidad europea*, al significar una integración real, por encima de la mera cooperación.

Pero antes de seguir conviene traer la autorizada voz de Hallstein, gran motor de esta «pequeña Europa», para aclarar dos puntos: primero, que el objetivo de unión europea no significa «la creación de algo semejante a un Estado nacional centralizado, sino que el máximo ideal que tenemos para la constitución de esa Europa unida es la federación» (3) y el *leit motif* de esta comunidad no es la monotonía de una corriente europea, como algunos temen, sino de la armonía de la multiplicidad europea. *L'Europe c'est la diversité...*, el movimiento europeo no tiende a un Estado europeo unitario, sino a una federación» (4).

El segundo punto es acabar con la concepción de que el futuro es la «Unión política», a la que se llegará tras superar la «dimensión puramente económica» actual. Según Hallstein (5) «esta concepción de la realidad debe ser rechazada con toda energía», ya que lo que «ha ocurrido y ocurre en las Comunidades europeas (esto es, Comunidad del Acero y del Carbón, Mercado Común, Euratom, A. G. A.) es ya la primera mitad de la Unión política»,

(3) Así HALLSTEIN en 1965 en una conferencia pronunciada en Munich, recogida en «Es geht um Deutschland», cuaderno 16 de *Dokumentation*, del partido CSU, página 47.

(4) *Dokumentation*, de CSU, núm. 24, pág. 6. HALLSTEIN, conferencia, 1966.

(5) *Dokumentation*, núm. 16 citado, pág. 56.

esto es, en forma de «reunión, de mancomunidad, de políticas económicas y sociales».

Hasta qué grado ambos puntos son ciertos y Hallstein honrado, es que pocos meses después ha tenido que presentar su dimisión ante la actitud opuesta de De Gaulle que postula: la Europa de las patrias frente a la Federación, y la mera unión económica, con libertad y soberanía política. Que esto es una de las expresiones más oscuras de la genial política europea del general: autonomía de Europa frente a América y Rusia, es bien conocido de todos. Pero, sobre este último punto, más adelante.

Así, pues, en toda la pléyade de instituciones y convenciones que han surgido en los últimos años con el adjetivo de «europeo», hay que distinguir:

A) El Consejo de Europa, el Consejo Nórdico (1952), la Unión Europea Occidental, el Consejo Interparlamentario Consultivo del Benelux, así como las organizaciones económicas OECE, etc., que siguen siendo «organismo de cooperación interestatal», como dice Reuter y recalca Manzanarès (6).

B) El Mercado Común, la CECA y la Euratom, las instituciones de la «pequeña Europa», que presentan una fórmula «absolutamente inédita de asociación orgánica de Estados soberanos».

Es aquí, a este nivel, donde se plantea el verdadero problema de Estado soberano-institución comunitaria, en cuanto ésta supone una verdadera *integración*. Es aquí donde se plantea el problema fundamental de la «política para Alemania», de la Deutschlandpolitik.

Por otra parte, no directamente referido a la «integración europea», pero afectando indudablemente la concepción de la «Unidad de Europa», viene el pacto más amplio en el espacio: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN o NATO), de 1949, que simboliza la Comunidad Atlántica entre Estados Unidos y los países europeos, firmado por quince miembros.

La OTAN, por un lado, y el pacto de Varsovia, por otro, serían los dos símbolos de la división cada vez más tajante de la nación alemana: la República Federal Alemana y la República Democrática de Pankow.

(6) MANZANARÈS: *El Parlamento Europeo*, t. 1. Estudios Políticos. Madrid, 1967. página 40. Traducción de JUAN FERRANDO BADÍA.

2. LOS PARTIDOS POLÍTICOS ALEMANES ANTE LA INTEGRACIÓN EUROPEA DESDE 1950

2.1. Política europea y política de reunificación: el dilema

Lo anteriormente dicho obliga a fijar el hecho fundamental, sólo a partir del cual se puede entender la alternativa de la política exterior y europea de Alemania: *la división del pueblo y el territorio alemán en dos partes, una bajo dominio soviético y otra constituida libre y democráticamente, así como el deseo de alcanzar la reunificación*, ha condicionado toda la discusión y actitud de los partidos políticos ante la integración europea.

La decisión de un francés por la integración europea, en el sentido estricto apuntado anteriormente, es decir, significando la creación de unas autoridades internacionales, supone la alternativa: limitar o mantener las facultades soberanas del Estado francés, pero para un alemán significaba sobre todo la posibilidad de *facilitar o impedir* la posible reunificación.

Toda la actitud de los partidos alemanes ante la integración europea y ante la comunidad atlántica, está determinada por el hecho de la división y el deseo de reunificación. La *política europea alemana* es inseparable de la *política de reunificación*, llamada la «política para Alemania», la Deutschlandpolitik. Las reflexiones sobre política europea o comunidad atlántica venían a desembocar siempre en el mismo punto: la cuestión de la reunificación.

Ahora bien, lo realmente problemático --y nada cierto, como se verá-- ha sido la identificación que hizo la política oficial de la República Federal Alemana entre la política europea y la política de reunificación: la suposición de que la integración europea llevaría, naturalmente, a la reunificación.

2.2. La Unión demócrata-cristiana (CDU)

La política europea ha sido marcada en Alemania por el partido cristiano-demócrata, cuyo líder ha sido durante cerca de quince años Konrad Adenauer. Este partido, junto con los cristiano-sociales de Baviera (CSU), cuyo líder actual es Strauss, ha constituido la mayoría parlamentaria durante la época que quedó fijada la política europea y de reunificación alemana.

La época en la que la República Federal Alemana (RFA) empieza a renacer políticamente es bien conocida: reciente está el bloqueo de Berlín, la guerra de Corea empieza y el peligro comunista se hace patente en el ámbito occidental. El mundo se dividirá en dos bloques férreos; Foster Dulles, un puri-

tano con ribetes místicos y mentalidad simplista, caracterizará una época: los años cincuenta, en la que parece ser que el mundo entero, según sus propias palabras, está más de una vez al «borde del abismo». La política de defensa de Occidente se basaba sobre el *deterrent* y la *massive retaliation*, llevada en alas de los aviones de Strategic Air Command. Aquí empiezan a surgir la «dictadura de las ideas simples» (7): necesidad de restaurar el prestigio de Alemania en el Occidente, integración de la RFA en la OTAN, con el fin de que apoyada por el poderío americano se puede un día imponer la reunificación al adversario comunista. Es a partir de tal concepción de la política de reunificación como se desemboca en una activa e incondicional política de integración europea, tal como la practicaron los alemanes de los primeros años cincuenta, con un idealismo digno de mejor causa. Claro es que malas lenguas han querido ver en esa decisión de Adenauer por la política de integración europea, no una reflexión principal de estrategia de reunificación, sino una decisión fundamental por Europa, y sólo en segundo término por su reunificación. La expresión que se encontró para racionalizar esta política incondicional por Europa y sólo lejanamente orientada a la reunificación, fue que la «Dinámica del desarrollo» llevaría a la unidad europea a la deseada reunificación.

Esta política también sería canonizada por el Movimiento Europeo, que en su Congreso de septiembre de 1951, celebrado en Hamburgo, declaró:

«La neutralización de Alemania no constituiría, bajo ningún aspecto, un elemento favorable al establecimiento de la paz sino que haría, por el contrario, de Alemania el constante objetivo de las luchas internacionales. Muy contrariamente, la integración de la Alemania libre a la Europa libre, lejos de condicionar o de dificultar la unidad alemana, se ofrece como el mejor camino hacia aquélla» (8).

La primera parte del párrafo citado parece razonable; en cambio, la segunda: de la integración europea a la reunificación, integración europea concebida además bajo la égida americana, estaba mucho más lejos de ser cierta.

Pero aquí merece la pena dejar hablar a uno de los actores: en 1965, Hallstein, el famoso profesor alemán y «alma tecnocrática» de la pequeña Europa, y sacrificado no hace mucho por el Gobierno de Kiesinger ante la

(7) FRANCESCHINI: *Le Monde*, 10-11-66.

(8) Citado por VOYENNE, *Op. cit.*, pág. 192-3.

presión de De Gaulle, que verá de la siguiente manera los cruciales años cincuenta :

«... había que elegir entre tres posibilidades..., una era situarse entre dos mundos (el libre y el no libre, A. G. A.), mantenerse neutral... pero al mismo tiempo nacionalista, ya que esto hubiese sido el único valor que hubiésemos podido obtener de no integrarnos en ninguno de estos mundos. La segunda alternativa (*sic*) era decidirse por el Este, lo cual hubiese traído la reunificación, pero una reunificación sin libertad, que no quiere nadie. Y, por ello, elegimos la tercera posibilidad, la del mundo libre, al cual pertenecemos por lo más íntimo de nuestras convicciones. Pero aquí había que tomar una decisión posterior, la cual se olvida con frecuencia: la elección entre una relación directa, individual y exclusiva con los Estados Unidos..., con los verdaderos vencedores de la segunda guerra mundial, o preferir una concepción europea. Hemos hecho lo segundo, y quiero subrayar esto: hemos *hecho* lo segundo. Esta elección no ha caído del cielo, y no ha caído sobre Alemania como un acontecimiento natural, sino que fue una consciente decisión política, una acción política. Yo lo digo como alguien que estuvo allí (9).

Este es un párrafo notable. La única vez que aparece la reunificación es en relación con la segunda posibilidad; ni la posible neutralización, ni la decisión por Europa se relacionan con la reunificación alemana. Son frases excepcionalmente honradas.

Y este párrafo de Hallstein lleva a citar el otro pilar de la política CDU: la así llamada «doctrina Hallstein» —aunque él mismo nunca la formuló—; la RFA es la única que tiene el derecho de representación del pueblo alemán; se romperán las relaciones diplomáticas con todo Estado que reconozca a la «casi llamada» República Democrática Alemana, designada más bien como «Zona de ocupación soviética», cuyos gobernantes son meras marionetas de los rusos.

La concepción era clara: la decisión —dejemos de lado si hubo alternativa real— por Europa y el mundo libre, significaba una evidente postergación, en principio, de la reunificación del país; primero la libertad y la integración con Occidente, después la reunificación. La necesaria compensación psicológica para convencer y convencerse de que el fin de la reunificación no había pasado a segundo plano, mucho menos abandonado, era la afirmación del dere-

(9) *Dokumentation*, del CSU, núm. 16, cit. pág. 48.

cho único de la República Federal Alemana a representar al pueblo alemán. Y para consolarse por completo venía además la «dinámica del desarrollo». Con el fin de conjugar la decisión por la integración europea con la reunificación había que declarar inexistente *algo tan real* como el Estado de Ulbricht, y aspirar a la única reunificación que en una política *real no era posible*: la económicamente capitalista y políticamente democrática.

Guiados por esta fe, Adenauer y los alemanes fueron los que hicieron posible la CECA y el Mercado Común, cediendo ante las demandas de los franceses, y esto que entre 1952 y el Tratado de Roma, los galos habían dado el más duro golpe a los más idealistas sueños de los europeístas alemanes: la Comunidad Europea de Defensa, de 1954, intento de establecer un Ejército europeo integrado, había sido puesto fuera del orden del día del Palais Bourbon, con lo cual no se le concedía ni el honor de ser rechazado en votación solemne.

El Mercado Común significaba una definitiva incorporación al bloque occidental y una separación cada vez mayor de aquella parte de Alemania que bajo un régimen de terror, y protegida más tarde por un muro, iba constituyéndose, con formas sociales radicalmente distintas, en algo que se quería ignorar: en un Estado.

Este sueño, y esta «evasión en los deseos», se acabaría con la nueva política europea de De Gaulle, y... de los propios americanos, liberados ya en parte del trauma anticomunista y de la *massive retaliation* de Foster Dulles. Pero sobre esto ya se volverá.

La política alemana del CDU, en su incondicional apoyo a la idea de Europa, se hizo perfectamente monclítica: no hablar ni ceder un ápice de las fronteras de 1937 hasta la firma de un tratado definitivo de paz, actitud ésta que no podía tranquilizar a los polacos y a los checos, ni realmente a nadie, ya que parece difícil imaginarse una opinión pública mundial aceptando una modificación de la Oder-Neisse: con esta afirmación se une el inalienable «derecho a la patria» de los prusianos orientales y sudetes, para terminar proclamando el sagrado «derecho de autodeterminación de los pueblos» con lo cual se piensa que se alcanzará las deseadas elecciones libres en toda Alemania, que llevarán a la deseada reunificación. Así, pues, no sólo no es impedimento sino que el mismo camino para la reunificación es: la integración de la RFA en Europa, y a ser posible en verdaderas categorías supranacionales para llegar a una «unidad política»; fidelidad al pacto del Atlántico, apelación al Derecho del pueblo alemán, declaración de que sin libertad no hay paz, de que la seguridad duradera europea depende de la reunificación, etc., para acabar reflexionando que por esta «política de construcción y pactos se alcanzará que también un día la Unión Soviética se tendrá que preguntar si es inteli-

gente tener a los alemanes como enemigos al serles negado constantemente el derecho de autodeterminación» (10). ¡Qué párrafo más notable de *wishful thinking*!

Tampoco se puede criticar o pedir mucho. ¿Tenía la RFA otra alternativa? ¿Habría permitido Occidente, esto es, los Estados Unidos, una política alemana neutralizante, sin compromisos claros? El fantasma de Rapallo está siempre presente en los aliados. Quizá sería correcto empezar a considerar que Adenauer, y su entrega a la integración europea y a la comunidad atlántica fue la única política que podía hacer. Otra era irreal o hubiese sido impedida. Los socialistas, sin embargo, tuvieron otra concepción del papel de la integración europea. Claro es que los socialistas no estaban en el Poder, y de estar a no estar en el Poder cambia todo, o casi todo.

2.3. Los socialdemócratas (SPD)

El partido socialista alemán, el más antiguo de todos los partidos y con una gran tradición de lucha y experiencia en el sufrimiento por las persecuciones de Bismark e Hitler, se planteó desde el primer momento de una manera muy diferente a los demócrata-cristianos la gran cuestión de la «política para Alemania».

Schuhmacher, su líder de los primeros años de la postguerra, quizá determinado por una antipatía general hacia los «europeos», los socialistas Saragat y Mollet, que no trataban bien a sus correligionarios alemanes en la postguerra, no vio en la integración europea nada sino el mejor camino para obstaculizar la reunificación alemana, y consecuentemente SPD votó contra la CECA en 1952. Schuhmacher no dudaba en afirmar —y tenía gran razón— en 1952, que había que dar una nueva «autoconciencia nacional» al pueblo alemán, lejos de la «ofensiva arrogancia» del pasado y de actual tendencia a «ver en cualquier deseo aliado una revelación de orientación europea». Y declaraba además que la «división alemana es una consecuencia de las contradicciones entre las potencias de ocupación» (11), lo cual es, en parte, verdad, pero un tanto simplista y además irremediable. Pero la gran oportunidad de la cual iban los socialistas durante años a sacar argumentos para confirmar el error de la incondicional política europea de la CDU, vendría con la famosa

(10) ABC der CDU, 4.ª edición, 1964, pág. 256, y voz Europa, Hallstein-Doktrin, etcétera; CDU/ Geschichte, Idee, Program, Statut, Bonn, 1967, págs. 42-43; ERHARD: Regierungserklärung vom 10. Nov. 1965; Sonderdruck aus dem Bulletin des Presse- und Informationsamtes der Bundesregierung, núm. 179, etc.

(11) G. OLZOG: Die politischen Parteien, Munich, 1965, pág. 147, documentos.

nota soviética de marzo de 1952, donde se hablaba de que la Unión Soviética, Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña :

«... deben examinar igualmente la cuestión de las condiciones favorables a la creación, en los plazos más breves, de un Gobierno para toda Alemania que exprese la voluntad del pueblo alemán» (12).

Rechazado esto por la CDU como una maniobra para «crear una desconfianza entre la RFA y las potencias occidentales, abusando del deseo alemán de unidad nacional» (13), esta nota ha sido el trauma de los «reunificadores» que vieron en la neutralización alemana, y el no al rearme, el precio que había que pagar a Rusia para unir las dos Alemanias. Con todo, Schuhmacher no era absolutamente consecuente, y mantenía el tabú de la frontera Oder-Neisse considerada, con la clásica fórmula del art. IX, b), de los acuerdos de Postdam, como una línea de demarcación y no como una frontera «hasta la fijación final de las fronteras occidentales de Polonia», como dice el famoso documento. Oficialmente ésta sigue siendo hasta hoy la postura de los partidos y Gobierno alemán.

Consecuentemente con esta concepción de evitar toda ligazón con el grupo occidental que pusiera más obstáculos a la reunificación, el SPD rechazó la torpeada Comunidad Europea de Defensa, así como la Unión Europea Occidental, pactos militares que Mendès-France se sacó de la manga en aquellas febriles jornadas de Bruselas de 1954. Lo que Schuhmacher echaba en cara a Adenauer era no sólo su política de integración europea, sino el dejarse humillar por las potencias occidentales. lo cual había dado lugar al ominoso título de «Canciller de los Aliados», pero es evidente que la UEO restituía a Alemania su soberanía, salvo ciertas cláusulas de reserva aliada, referidas a la seguridad. En cuanto a su validez e igualdad en Occidente, el SPD no podía criticar los acuerdos en cuestión, pero en lugar de admitirlo y señalar tan sólo sus dudas a «causa de sus implicaciones sobre el plan de reunificación», el SPD, jugando la carta irreal de la reunificación, rechazó el tratado. Rusia esta vez ni envió nota amenazadora, probablemente porque ya el precio de la reunificación alemana a cambio de obtener la separación de la RFA de Occidente, le pareciera muy bajo, si es que alguna vez se le pasó por la cabeza semejante posibilidad, algo muy dudoso, punto de partida éste, consciente o inconscientemente, de la política europea de Adenauer.

De este eterno no saldría el SPD ante la firma del histórico tratado de

(12) Cita de GROSSER: *La démocratie de Bonn*, Colín, 1959, pág. 36.

(13) Así, *ABC der CDU*, citado, pág. 254 (nota 10).

Roma de 1957, que constituyó el llamado Mercado Común, considerado al principio como una catástrofe para Alemania.

Desde aquí el SPD ha ido cediendo en su sueño de una reunificación al margen de una unión con el campo occidental, hasta identificarse su política en lo fundamental con el CDU, OTAN, e integración política como base de la política alemana. Sí, ante la crisis de Berlín de 1959, se lanza un gran *Deutschlandplan* cuyos puntos principales son el reconocimiento del régimen de Ulbricht como parte con igual derecho, y el abandono de la RFA de la NATO, proyecto que tenía el aire del famoso plan de Rapacki de 1957, sucesivamente presentado al mundo en 1962, y siempre flotando en las concepciones del cinismo político inglés.

¡Qué mejor para castrar política, y vitalmente a Alemania, que esa zona libre atómica en el centro de Europa, neutralizada y controlada por las grandes potencias! Como si fuese posible, además, neutralizar a un país de ochenta millones de seres con tal potencial económico y cultural. El SPD abandonó pronto su *Deutschlandplan* de 1959 y se alinea a partir de los años sesenta con la política de la CDU: ya no se jugará Europa a reunificación, sino que la reunificación alemana tiene, como supuesto, el mantenimiento de la alianza atlántica y en especial la unión de Europa occidental (14). Y la prueba más evidente de ese acuerdo en lo fundamental es la Gran Coalición de 1966, formada por socialistas y cristiano-demócratas. Las diferencias son de matices en la política con relación a los países del «telón de acero», pero en la alianza atlántica y en la integración de Europa no hay discusión (15).

La reunificación se soluciona con la invocación del «derecho de autodeterminación» del pueblo alemán.

La misma evolución se nota en las relaciones de las sucesivas Internacionales socialistas, y si en 1952 «se toma nota» de que el partido socialista alemán considera que Alemania debe participar en la seguridad colectiva bajo la triple condición de que sea eficaz, basada en la igualdad, y que «no impida la reunificación del territorio alemán», y en 1955 se afirma que una Alemania reunificada debería tener derechos iguales a los de los otros países, sin discriminación, sea con neutralización o de «cualquier otro modo», lo cual dejaba entrever todavía el sueño de la neutralización a lo Rapacki, en 1961, Brand se limitará a pedir medidas en «favor de toda la población alemana»

(14) *Politik für Deutschland*, editado por Sozialdemokratische Partei Deutschlands, 1962-1964, págs. 16, 25, 35.

(15) *Tatsachen und Argumente (Erklärung der SPD-Regierungsmannschaft)*, 1966, páginas 17 y sigs. y 83 y sigs.; *Bestandsaufnahme*, 66, Bonn, 1966, págs. 69 y sigs., y la Convención del Partido 1-5 de julio de 1966; *Kundgebungen und Entschlüssen*, páginas 15 y 21.

y la resolución no hará sino afirmar su solidaridad con la población de Berlín y a constatar que la división de Alemania «no favorece la causa de la paz» (16).

Ha sido todavía de los partidos socialistas, y a la postre del alemán también, de donde han salido muy serias declaraciones para llevar adelante la unidad de Europa en la línea del malogrado «Proyecto de Tratado sobre el Estatuto de la Comunidad de Europa», que adoptó la Asamblea reunida *ad hoc* en Hamburgo en 1953, a base de un Poder ejecutivo común y fuerte (17) y sólo «una autoridad semejante» permitirá a los europeos «determinar su propio destino». ¡Qué hubiese dicho Schuhmacher ante esta evolución! El sentido común se imponía y la evasión en el sueño se descartaba.

2.4. Los liberales

El tercer gran partido alemán está constituido por los liberales, partido pequeño (tres a cuatro millones de electores y de cuarenta a cincuenta diputados) y que ha desempeñado un papel importante en el juego de las coaliciones gubernamentales, al no contar los partidos de la unión cristiana social (rama bávara) y democrática (resto del país) con la mayoría absoluta.

Desde 1949-1956, como miembro de la coalición, «el FPD apoyó incondicionalmente la política europea del Gobierno federal», recordaba en 1962 Scheel —ministro liberal en el Gobierno de coalición Erhard y Mende, los líderes demócrata-cristiano y liberal—, pero añadió «no sin dudas».

Diversos portavoces liberales (18) se han enfrentado con la supuesta alternativa que se planteó en 1950 entre la integración europea y la reunificación, y sus análisis tienden a mostrar que la decisión por Europa fue la que llevaba más claramente a la reunificación, ya que «dado las preocupaciones y temor de los países comunistas centro-europeos y de la misma Unión Soviética sería más fácil llegar a un acuerdo con una Europa que sólo con la RFA, consi-

(16) *L'Internazionale socialista 1864-1964*, Institut Studi Socialisti, Florencia, s. f., páginas 71, 107, 175, *passim*.

(17) VOYENNE, *op. cit.* (nota 2), págs. 198-199; *Internazionale*, *op. cit.*: pág. 237, y *Sozialdemokratische Europa-Korrespondenz*, 7.º Congreso de los Partidos Socialistas de la Comunidad Europea, de noviembre de 1966.

(18) SCHEEL: *Deutschland und Europa*, 1962; ídem: *Deutschland-Europa Atlantische Partnerschaft. Die Freiheit ist unteilbar*, 1963; MARGULIES: *Europa. Unsere Zukunft*, 1964; ídem: *Politische Probleme der europäischen Integration*, 1964; SCHOLLWIK: *Integration und Wiedervereinigung*, 1966; REIF: «Integration und Wiedervereinigung», en *Liberal*, núm. 1-2, págs. 3 y sigs. (Menos el último, el resto conferencias mecanografiadas enviadas al autor.)

derada como sucesora del Poder que produjo tanta desgracia» (19). Esto es otra cosa que la «dinámica del desarrollo» de los primeros años.

En todo caso, a lo que había que oponerse es al intento de crear una pequeña Europa, tal como lo hacía la CEECA y los Tratados de Roma. Así, la fracción parlamentaria del FDP se opuso por un solo voto a aprobar los acuerdos que creaban el Mercado Común, en 1957. Si esto era más bien el resultado de estar en la oposición, más que una reflexión sobre las consecuencias de tal tratado para la reunificación, no parece claro determinarlo. Sin embargo, no se puede negar que con posterioridad políticos liberales han insistido que el Mercado Común es un peligro e inconveniente para la reunificación y política liberal que el partido programa:

I. Porque el Mercado Común no practica esa «política mundial abierta» de la que habla, sino discriminatoria.

II. Porque divide de forma regionalista a Europa, y el objetivo es la unidad de toda Europa y no de parte de ella.

III. Porque esta pequeña Europa tiende a constituirse en un predominio del *Mare nostrum*, dejando marginalizada a Alemania.

IV. Porque la concepción dirigista y planificadora de los países latinos puede alterar el bien probado sistema de la «economía social de Mercado».

Los liberales han sido los propugnadores de una gran Europa que incluyese a Inglaterra y «satélites» de la EFTA, porque sólo la «creación de una gran Europa nos da la posibilidad de adecuar los intereses de Alemania toda y de Europa toda» (20).

Dejando de lado esta ilusión que traslada la solución de la reunificación del nivel «pequeña Europa» al de la «gran Europa», ciertos liberales han sabido resaltar la errónea fe de una «reunificación como un producto secundario necesario de una integración de la pequeña Europa», así como el fiasco de la experiencia del Gobierno federal en la «mecánica de una reunificación necesaria» que surgiría por la firma de todos los tratados europeos (21).

Pero no es el haber desvelado la falsedad de esa «dinámica de desarrollo» clara para el que no hubiese caído en un trágico, pero no por ello menos falso, *wishful thinking*, sino en un nuevo impulso de una política alemana hacia el Este, es lo que iba a ser más interesante del partido liberal,

(19) REIF, op. cit., pág. 7.

(20) SCHEEL, op. cit., 1962, pág. 14.

(21) SCHEEL, MARGULIES, etc., en escritos citados (nota 18).

apoyado por una de las más agresivas e interesantes figuras de la prensa alemana de la postguerra, Rudolph Augstein, propietario de la conocida revista semanal *Der Spiegel*. Pero con esto entramos en la tercera y última parte de estas notas.

3. UNA POLÍTICA A REVISAR: DE GAULLE, LA «DETENTE» RUSO-AMERICANA

Los rasgos de la política europea alemana a final de los años cincuenta estaban claramente fijados y contaban con el «consenso» de todos los partidos:

I. Integración europea hasta entidades supranacionales, sacrificando incluso intereses, aunque los liberales eran opuestos a este «sacrificio».

II. Fidelidad a la alianza atlántica, y con ello a todo lo que piden los Estados Unidos, mostrando una subordinación infantil, a veces.

III. Doctrina Hallstein: con todo país que reconozca a la «asi llamada República Democrática Alemana» se romperán las relaciones diplomáticas. Por ello, ninguna relación diplomática, mucho menos cordial con los países comunistas.

IV. Por eso, una obsesión, a veces hasta ridícula, para evitar una revalorización (*Aufwertung*) del régimen de Ulbricht, que será ignorado y oficialmente denominado «zona de ocupación soviética».

V. La reunificación se basa en la constante y carente de imaginación declaración de Derechos:

Derecho a la patria.

Derecho a la autodeterminación.

VI. Con esto se une la postergación a fijar las fronteras, partiendo de las de 1937, válidas hasta que se firme el tratado de paz. Por ello, inquietud en Polonia y Checoslovaquia y falta de comprensión en el mundo.

VII. Solemne declaración de renunciar a usar la fuerza para alcanzar objetivos políticos.

VIII. Solemne declaración —única en el mundo— de renunciar a producir armas atómicas.

IX. El peligro comunista es evidente y sólo se puede esperar la reunificación si la RFA se integra con pleno derecho en la organiza-

ción militar y política occidental. La paz del mundo depende de la reunificación porque el actual *status* no crea sino ficciones. Un día los rusos se darán cuenta que lo mejor es dejar que los alemanes decidan su orden político libremente, regularizando la situación política en Centro Europa. Por ello es indispensable tener el potencial americano detrás e incondicionalmente. Cualquier retirada de las fuerzas americanas es una pérdida de seguridad.

Con este pretrecho institucional y moral no había más que esperar a que los rusos entregaran la zona ocupada, esa es la ilusión que yacía detrás de esa política: la visión de un Estado alemán reunificado y sin descartar las fronteras de 1937, capitalista, preponderante, jugando un papel decisivo en Europa y en el concierto internacional, lo que se le debe por su importancia comercial y cultural.

Todo este cuadro conceptual, más bien producto de los deseos que de atender a la realidad, se ha ido resquebrajando poco a poco, y no sin la primera crisis gubernamental de la República Federal. Era ya hora de los «vencimientos» (22).

3.1. Los alemanes y De Gaulle

La decisión por Europa de Adenauer no tenía alternativas, era la única posible, nunca hubiesen aceptado las potencias de ocupación occidental —mucho menos Stalin— un posible juego alemán de constituir de nuevo el Reich, neutralizado, creación artificial. La decisión por Europa y por la amistad con Francia, base de la política de Adenauer, era la única solución real política y espiritualmente. Lo que ya era incorrecto fue la idealización de la Europa supranacional, la obsesión con el peligro comunista, el no querer ver que la reunificación quedaba descartada por tiempo indefinido, no por una u otra política, sino por la «naturaleza de la situación», el considerarse el ombligo del mundo, y la falta de sensibilidad sobre la cuestión de las fronteras, con el trauma de los «derechos» y de los «tratados» firmados antes de la guerra.

Pero tampoco hay que cargar las tintas, lo cierto es que la situación era una encrucijada sin salida: había que renunciar, por el momento, a la reunificación, sin sustituirla por sueños federales europeos y dejarse de tantos derechos abstractos para preocuparse de mejorar en lo posible la suerte de diecisiete millones de alemanes, aplacar toda duda en los vecinos, y no orga-

(22) *Le Monde*, 10-11-1966 a 15-11-1966.

nizar viajes propagandísticos al muro. Había que aceptar la realidad: la pérdida de la unidad del Estado.

De Gaulle puso fin al sueño federal europeo. No es lugar aquí de juzgar la trascendencia para la idea y realidad de Europa, la concepción de la «Europa de las patrias», más tarde «de los Estados». Junto a todas las calumnias de la prensa alemana sobre el «autoritarismo» y deseos imperiales de De Gaulle, es evidente la conciencia europea que ha despertado el general, con su intento de crear una tercera fuerza frente al tutelaje anglosajón. Los alemanes han creído ver cierta alternativa, falsa porque no hay tal, de París o Washington. Parece olvidarse que ante un posible ataque ruso los americanos defenderían Europa, aun a pesar o en contra de los propios europeos. ¿No están poniendo todo su esfuerzo ante una «agresión» en una parte del mundo bastante menos vital que Europa?

De Gaulle ha venido a decir una vez algo así como que igual que hay Dios y, sin embargo, sigue habiendo política, el hecho de que estén los americanos no impide hacer política. Este juego de relativa independencia no lo han querido entender los alemanes, que se han rasgado las vestiduras ante la acción gaullista de «torpedear» Europa y la alianza atlántica. La negativa a aceptar a Inglaterra fue perfectamente lógica ante la decisión de Mac Millan de pactar a solas sobre asuntos atómicos con los Estados Unidos, en la reunión de Nassau.

El sentido histórico de la política gaullista de reavivar la conciencia histórica europea, en lugar de descansar bajo el tutelaje americano, que, por otra parte siempre estará ahí, así como un deseo de tener una mayor capacidad de maniobra, no ha sido entendido o no ha querido ser entendido en Alemania. Sí se le echa en cara, sí, el renacimiento del nacionalismo alemán con los éxitos electorales bávaros del partido nacional-demócrata alemán (23), acusación que no se puede tomar en serio. Si alguien tiene la culpa —y nadie la tiene ya que grupos patológicos son normales en sociedad de más de cincuenta

(23) Con su «Alemania para los alemanes y Europa para los europeos», en *Das Manifest der NPD*.

ANTONIO LÓPEZ PINA en su muy cuidado estudio «Consideraciones sobre el electorado alemán: Un estudio de tendencias» (*Revista Española de la Opinión Pública*, núm. 7, 1967), señala que las frustraciones en política exterior han dado lugar a movimientos de ultraderecha, confesando el autor «personalmente» (separata, pág. 35) que para él no hay duda de la relación que existe entre la emergencia del N. P. D. y la falta de prestigio exterior. Esto parece una opinión muy razonable, sin embargo, por mi parte, yo pienso que la razón de este reciente racionalismo alemán radica más en el absurdo «exorcismo» de todo nacionalismo, proceso al que estuvo sometido el electorado alemán de la postguerra. Y, además, como digo en el texto, con o sin prestigio, con o sin crisis interior, grupos extremistas existirán siempre.

millones de seres— es la propia política alemana que sustituyó la por el momento nunca alcanzable reunificación, por el sueño de una Europa unida en estrictas categorías supranacionales.

Los alemanes se rebelan a todo intento de hegemonía en la construcción de Europa, cosa harto improbable, ya que en todo grupo humano tiene que haber hegemonía, pero su relación con América llega a situaciones grotescas. Así, cuando por efecto del discurso de Kennedy el 4 de julio de 1962, donde se hablaba de la *partnership* atlántica, se inventó la divertida —tan sólo sería por el dinero que iba a costar— fuerza multilateral atómica que iba a satisfacer los deseos atómicos de los países europeos, haciendo participar en un submarino a marineros alemanes, belgas, etc., los políticos alemanes, y sobre todo Schröder, ministro de Asuntos Exteriores, fueron los únicos en demostrar gran entusiasmo, sosteniendo tal proyecto hasta el último momento, cuando hasta América había perdido interés.

Los alemanes plantearon el histórico cambio de política de De Gaulle como una disyuntiva entre la protección americana y la *force de frappe* francesa, cuando en realidad no había tal, ya que el potencial —atómico o convencional— americano estará siempre dispuesto a intervenir en el Elba, con o sin la voluntad de los europeos, y esto por un principio lógico de todo poder mundial y de su correspondiente zona de influencia. La falta de imaginación del tándem Erhard, con un «nuevo orden de paz para Europa», y de Schröder con su «curso firme en un mundo en movimiento» —título realmente revelador del fenomenal inmovilismo— es patente. Con tono aburrido se repiten los viejos temas: peligro ruso, necesidad vital de la alianza atlántica, la integración europea como camino para la reunificación, inexistencia de política oriental activa, etc. (24).

Y a parte de la conveniencia de ese relajamiento y elasticidad gaullista en su concepción de la alianza atlántica para un equilibrio mundial, no parece muy arbitrario decir que sí de alguna manera, sólo a través de esa cierta autonomía europea, cabría llegar a un acuerdo sobre la reunificación.

La clave de la actitud gaullista está en un hecho que la política oficial alemana no ha querido admitir: la desaparición final de un mundo aparente, esto es, la guerra fría y el enfrentamiento rígido entre dos bloques.

(24) SCHRÖDER: *Fester Kurs in bewegter Welt*, 1966; ERHARD: *Regierungserklärung vor dem deutschen Bundestag*, 1955; ídem, *Eine neue Friedensordnung für Europa schaffen*, 1966; *Bulletin des Presse- und Informationsamtes des Bundesregierung*, 26 de mayo de 1966 (ERHARD sobre fortalecimiento de la colaboración europea y atlántica).

3.1.1. *Strauss y las "gaullistas" alemanes.* - Frente al inmovilismo del Gobierno Erhard-Schröder y su inquebrantable «americanismo», Franz Joseph Strauss, ese «enfant terrible» de la República Federal Alemana, sin cargo ministerial desde su caída a raíz del *affaire Spiegel* en 1962, sí fue el eco que recogió los cantos de sirena que venían de París. A ese grupo de políticos alemanes que ha acogido favorablemente ciertas tesis de De Gaulle, se les conoce con el nombre de «los gaullistas alemanes». Realmente, ni la denominación de grupo, por su carácter laxo, ni la de gaullistas, por su peculiar interpretación de la política del general, son apropiadas, pero el hecho es que políticamente se habla de esta tendencia cuya nota más común es la de querer reavivar el adormecido pacto franco-alemán que firmaron Adenauer y De Gaulle, así como la vaga voluntad de autonomía ante los Estados Unidos. Entre estos «gaullistas alemanes» habría que citar a Guttemberg, hoy secretario de Estado en el Gobierno de Kiesinger (25). Pero ha sido sobre todo Strauss el portavoz de este grupo de disidentes ante la política de Erhard-Schröder, calificada un tanto demagógicamente, pero no sin cierto meollo de verdad, de proamericana y antifrancesa.

Strauss, con la osadía que da el no estar de forma directa en el Poder, con la seguridad de un tremendo *Hausmacht*, «poder señorial», constituido por los cincuenta diputados cristiano-sociales (CSU) que elige Baviera, y de los cuales es él el indiscutible líder, y con ello una pieza clave de la política de la democracia cristiana alemana (CSU y CDU, esto es, la unión formada por los cristiano-demócratas bávaros y los elegidos en el resto del país), así como de las posibles coaliciones de la democracia-cristiana con los liberales y con los socialistas; Strauss, el más discutido político de la Alemania de la postguerra, lleno de juicios y querellas, el político que cita a Donoso Cortés (26), incapaz de limpiar ya de su figura la sombra de la corrupción, excepcionalmente inte-

(25) GUTTEMBERG ha escrito «Wenn der Westen will», en *Seewald Verlag*, y el *Spiegel* publicó una discusión pública entre él y otros publicistas. Desgraciadamente ninguno de los dos escritos los he podido tener en cuenta aquí por carecer de ellos. El resumen que hizo RICHTER en el núm. 3 de 1957 del *Spiegel* («Fragen nach Deutschland») de la concepción de GUTTEMBERG, fue: «No hay posibilidad de una reunificación en las próximas décadas.» «Sólo hay una posibilidad: crear la unidad de Europa, cuya fuerza se dejaría sentir finalmente en el Este y llevaría algún día a la reunificación alemana.» «Ninguna política agresiva, pero tampoco activa frente al Este.» Según GUTTEMBERG, finalizó RICHTER, «toda la política alemana se tiene que orientar primero hacia Europa occidental». Una concepción muy semejante a la de STRAUSS, como se verá.

(26) *Dokumentation*, del CSU, cit. núm. 16, pág. 27. «Es una creencia fatal, como dice Donoso Cortés, pensar que lo bueno tiene que vencer al final y lo malo sucumbir ante lo bueno.»

ligente y vital, creador del Ejército federal, principal actor del «escándalo Spiegel», con una a veces incontrolada *libido dominandi*, profundo, pero hasta hoy no desorbitadamente nacionalista, ha sido uno de los más decididos defensores de De Gaulle en Alemania.

Dando vida a un decaído órgano de prensa de su partido, el *Bayern Kurier*, que subió espectacularmente de tirada, Strauss, a través de editoriales, de artículos, de conferencias, ha ido articulando una política exterior claramente polémica ante la seguida por Erhard-Schröder, y que ha quedado debidamente plasmada en su libro *Proyecto para Europa*, publicado en 1966 (27).

No todos los diputados CSU, es cierto, están detrás de los juicios sobre política exterior de Strauss, así se ha criticado la *Europa de las patrias*, de De Gaulle, al que se le achaca un «nacionalismo de viejo cuño» (28), pero el *Bayern Kurier* no ha dejado de dar publicidad a los viajes y conferencias de Strauss: la crítica del líder bávaro a las «relaciones especiales» inglesas con América y su distanciamiento del lord Chalfont, representante del Gobierno laborista, defensor tan sólo de un «oscuro internacionalismo y un inarticulado pensamiento pacifista», así como claro enemigo de una Europa unida, con una sola voz y hablando en un plano de igualdad con América (29); su sugestiva tesis en el «Foreign Affairs Club», de Londres, de una unión del potencial atómico inglés y francés, dando base a una unión política con el triángulo Londres-París-Bonn (30); su intervención en la televisión para los alemanes del Este con la promesa de la unidad de Europa, una «Europa de los pueblos», para que el Viejo Continente «pueda asegurar su posición en la política mundial frente a las potencias de ámbito continental, también frente a la Unión Soviética», y con su tesis, clave de su «política para Alemania», de alcanzar la reunificación sólo a través de una «gran política de unidad europea» (31).

Si bien en su intervención en la Dieta Federal el 30 de noviembre de 1965 no contiene notas críticas y polémicas sobre la política exterior de Erhard-

(27) FRANZ-JOSEPH STRAUSS: *Entwurf für Europa*, Seewald, 1966, con los capítulos, entre otros: «Europa entre Oeste y Este», «La cuestión alemana», «Los objetivos de Moscú», «La seguridad europea», «Alemania y Francia», etc.

(28) STREIBEL, miembro del Parlamento Bávaro, en su conferencia «Wie stellt sich die Jugend Europa vor».

(29) *Labour löscht die Lichter aus*, comentario sobre discusión en la Universidad de Sussex, con STRAUSS, CHALFONT, JACQUES VERRANT (París), etc.

(30) *Nationale Interessen weltpolitischer Funktionen*.

(31) *Die Nationen bleiben, Europa wird stärker sein* (Las naciones permanecen, Europa será más fuerte), fórmulas caras al general De Gaulle, al que STRAUSS no pierde ocasión de alabar.

Schröder (32) sino a lo sumo su afirmación de una absoluta igualdad en la OTAN, solo alcanzable con una solución europea que constituya la «segunda potencia occidental y no la tercera fuerza», especulaciones lejanas al inmovilismo del Gobierno Erhard, en cambio en su conferencia ante la fracción democristiana del Parlamento europeo, de octubre de 1966, en el Maximilianeum de Munich, su disconformidad con el Gobierno federal fue expresa (33). Primero por el juicio excepcionalmente positivo de Strauss sobre De Gaulle, de «donde vienen los únicos impulsos visibles para una política europea, tal como es necesaria hoy frente a las potencias atómicas»; por su crítica a los Estados Unidos, esforzados en mantener el *status quo* con Rusia, lo que significaría consolidar la división de Europa; por sus observaciones sobre la necesidad de un cambio en la política inglesa antes de su integración europea, ya que no se «puede tocar en dos pianos al mismo tiempo», refiriéndose en concreto al pacto de Nassau. Esta actitud de Strauss —y otros puntos de su conferencia como sus reticencias ante la Comisión de Bruselas que pretende falsamente «que una institución supranacional sustituya la falta de voluntad para una Europa unida en los respectivos Gobiernos»— significaba una clara disconformidad con el claramente proamericano, entonces canciller Erhard, y su ministro de Asuntos Exteriores Schröder, de afectada pretendida elegancia anglosajona y alérgico a París, ambos rasgándose las vestiduras y hasta hablando de chantaje ante el, por ellos supuesto, torpedeamiento de la comunidad europea y atlántica por el general De Gaulle.

Y aquí viene la perplejidad que produce la figura de Strauss.

Strauss critica a su canciller Erhard, en calidad de líder de un partido, el cristiano-social, varios de cuyos miembros forman parte del Gobierno de Erhard y constituyen con sus cincuenta diputados un pilar de la unión democristiana. Strauss, tras su poco airosa dimisión ministerial por efecto del *affaire Spiegel*, llevaba más de tres años fuera del Gobierno, vetado por los liberales, necesario partido de coalición para la unión democristiana. Por vitalidad y amor al Poder, Strauss quería con pasión entrar de nuevo en la política directa, y un camino evidente —antes de esperar a las elecciones federales de 1969— era producir una crisis gubernamental que le permitiese maniobrar los términos de otra coalición, aún con los socialistas, que les asegurase un puesto ministerial.

El objetivo de Strauss era el Poder, como en todo político, y toda cues-

(32) *Rede des CSU-Landesvorsitzenden Franz-Joseph Strauss im Bundestag*, editado por Dokumentation del CSU.

(33) *Aussprache des Vorsitzenden der Christlichen-Sozialen Union*, Dr. h. c. FRANZ-JOSEPH STRAUSS, vor der Christlichen-Demokratischen Fraktion des Europäischen Parlaments. (Copia enviada al autor.)

ción podía ser munición para atacar al Gobierno Erhard y crear la crisis. Un momento importante de esa campaña de Strauss fue la publicación de un editorial que era una clara amenaza de rebeldía frente a Erhard por su política francesa, militar y europea, pareciendo que «corre detrás del espejismo de una Super-Europa vacía, perdiendo el terreno concreto del marco del Mercado Común y abandonando las posibilidades todavía virtuales de las relaciones franco-alemanas» y por lo cual «hay suficiente razón para pensar que el CSU no le seguiría en este camino» (34).

Muy poco tiempo después, avanzado ya el otoño de 1966, Erhard caía tras la primera crisis gubernamental en la historia de la República Federal Alemana, producida aparentemente por los liberales, pero en realidad movida por miembros de su propio partido, el CDU, siendo un actor principal Strauss, que en el increíble nuevo Gobierno de gran coalición —que hace inexistente la oposición parlamentaria— ocupa el flamante cargo de ministro de Hacienda.

¿Qué deducir de esto? Tras Adenauer, Strauss es uno de los políticos de la Alemania de la postguerra más vitales, trabajadores y con proyección interior y exterior. Si la *libido dominandi* es consustancial con todo gran político, que no lo podrá ser si carece de sensibilidad para el Poder, ocurre también que desatada puede convertir al político en una estéril energía sin telos verdadero. Strauss, un notable *homo politicus*, ha hecho, y hace, de toda cuestión capital político: antes el peligro ruso, ahora el abandono americano de Europa, la necesidad del Ejército federal, la frontera Oder-Neisse, los refugiados del sudeste, de Alemania oriental, el pacto ruso-americano de no-proliferación atómica, etc., todo se convierte en sus manos en cuestiones candentes y agresivas, para jugar, ahora o en el futuro, partidas de Poder.

Por ello, si la sinceridad e integridad de Erhard y Schröder en su pro-americanismo, Europa anglosajona, timidez en su política con el Este y francofobia están fuera de toda duda, nadie, sino solo el tiempo, y éste quizá poco, podrá confirmar si la política europea de Strauss con su autonomía frente a América, su radical unión con Francia, su decidida subordinación de la reunificación alemana a la unidad de Europa, ha sido sincera o sólo un medio más para obtener el cargo de ministro. Con esta reserva sea hecha una breve síntesis de su «Proyecto para Europa».

a) Desde luego Strauss ha sido un receptor de gran sensibilidad para la política de De Gaulle, al que califica como «una mezcla de Juana de Arco

(34) Como los otros, en el BAYERN KURIER: *Verantwortung der Union für der deutsche Politik*, con el expresiva subtítulo «La política europea entre dos luces. El camino en la crisis».

y de cosmonauta político» (35). Para Strauss la política de De Gaulle, con su decidido fortalecimiento de la autonomía europea frente a Rusia, y Europa como «igual potencia junto a América» (36), es vital dada la identidad de los intereses franceses y alemanes. Justamente en los últimos años se constata una falta de *identidad de intereses* entre Europa y América, atenazada ésta con compromisos en todo el mundo (Vietnam, Santo Domingo, etc.).

b) Strauss no acepta ciegamente el gaullismo «que no es un todo comprensible» (op. cit., 122), criticando la concepción gaullista de defensa europea organizada en base nacional, así como su equívoca expresión de una «Europa del Atlántico a los Urales», y, sin embargo, Strauss no cita el punto más decisivo de la política mundial del general: su convencimiento de que la *guerra fría ha finalizado*, de que *serios cambios sociales e ideológicos se han producido en Rusia, la cual no representa ya el peligro de la postguerra*.

En esta cuestión de admitir una «detente real» Strauss, y con él otros políticos alemanes, son muy reacios (37). En 1966 Strauss escribe (38): «Toda la praxis y la ideología del comunismo se basa en una constante presión y permanente agresión contra el mundo libre.» «Al comunismo le vale cualquier medio para producir crisis internas y coger los Gobiernos. Y esto valió para la era de Lenin como para la de Stalin y vale para sus sucesores llámense como se llamen...», «... en absoluto debemos declarar sencillamente que la guerra fría ha pasado ya» (39).

Aquí nunca le seguiría De Gaulle, que ha hecho justamente de la existencia de una «detente real», y pérdida de agresividad del comunismo soviético la tesis de su política de apertura hacia el Este.

c) Pero lo que aquí interesa más es ver cómo Strauss concibe su política europea, y con ello, el fin primario de toda política alemana: la reunificación. La fórmula que ha encontrado Strauss es la «europeización de la cuestión alemana» (40); esto quiere decir que sólo con una Europa unida, con una política exterior y de defensa común, se podría alcanzar la reuni-

(35) «Deutschland und Frankreich», en el libro citado *Entwurf für Europa*, pág. 136 (nota 27).

(36) Op. cit., pág. 127, *passim*.

(37) STREIBEL, loc. cit.; vid. *infra* 3.1 material sobre ERHARD, SCHRÖDER, con la misma actitud.

(38) *Entwurf für Europa*, cit. cap. «Los fines de Moscú», págs. 57 y sigs., en el mismo sentido en su *Aussprache* del 6 de octubre de 1966, citado; en su intervención en la reunión anual del CSU, *Dokumentation*, núm. 16, citado, pág. 25: «La palabra sobre el fin de la guerra fría es un sueño de los pensadores en milagros, que oyen derretirse a la nieve».

(39) Op. cit., págs. 61-62.

(40) *Entwurf*, *passim*; *Dokumentation*, núm. 16, pág. 4.

ficación. No hay Europa unida con Alemania separada; la «consolidación del actual *status quo* puede dificultar la unidad de Europa por tiempo indefinido». La reunificación alemana no es algo aislado, sino que los países europeos deben utilizar la cuestión alemana para alcanzar la unidad europea (41).

Y aquí está el gran enigma. El realismo de Strauss es evidente cuando descarta la posibilidad de que Rusia abandonase a Ulbricht aun cuando la República Federal rompiera todos sus lazos con el Occidente (42), cuando se da cuenta que los países europeos no verían con tranquilidad una reunificación alemana que supondría un potencial económico y político de setenta y dos millones de seres. Por ello, postula Strauss que la reunificación se haga de tal manera que sea Europa unida la que absorba todo este potencial, y esto sólo es posible «con la caída de las soberanías nacionales en un marco federal» (43). Hasta aquí bien. Pero lo inexplicable es cómo espera Strauss que Rusia acepte perder sus países europeos y la zona de ocupación alemana ante una Europa unida; aun tampoco cuando goce de cierta autonomía de América. ¿Por qué se va a abrir el «cerrojo» ruso con la «llave» de una federación europea? (44). Esta afirmación no está probada con nada. Es difícil aceptar como un análisis serio la afirmación de Strauss (45) de que la Unión Soviética tiene que decidirse entre el presente *status quo* con sus incalculables (?) riesgos y la idea de una *Europa autónoma*; la seguridad rusa queda garantizada ya que esta Europa estaría «unida con los Estados Unidos, pero no bajo su control militar». Strauss proyecta una reunificación alemana que sería aceptable para Rusia al quedar sumergida Alemania con Europa occidental, y además apunta a la tarea moral de liberar a polacos, checos, húngaros, etc., del comunismo. Estos países, según Strauss, no serían parte de la comunidad europea en un futuro inmediato, pero podrían constituir una «Europa intermedia» entre Rusia y Europa occidental, libre del dominio ruso y europeo. Esto ya raya en la utopía poco seria. El realismo de Strauss al juzgar ciertos aspectos de la política rusa y las posibilidades reales para la reunificación alemana, desaparece ante la idea de una Europa unida, clave de la reunificación.

No hay diferencia con el falso entusiasmo de los años cincuenta; la

(41) *Entwurf*, cit., pág. 64.

(42) Op. cit., págs. 51-52, donde pone el ejemplo hipotético de que ante la salida de la RFA de la NATO, Mercado Común, desmilitarización, etc., para sólo pedir que a la zona soviética se le concediese el *status* del que hoy goza Austria, la respuesta sería «njét».

(43) Op. cit., pág. 163.

(44) Op. cit., pág. 148.

(45) Op. cit., págs. 54-55.

unidad europea llevará a la reunificación. Y hasta se llega a un curioso cambio de términos «la reunificación (?) de Europa que se nos ha planteado conjuntamente a los franceses y alemanes» (46). La única diferencia es que la exposición de Strauss está salpicada de cierto «gaullismo» (véase: autonomía, *partnership* y no subordinación europea ante América) dejando de lado las cuestiones mucho más importantes como: reconocimiento de fronteras, en particular la Oder-Neisse, aceptación del fin de la guerra fría, negativa a todo tipo de *dísengagement* (retirada de tropas americanas y rusas) hasta que no haya una Europa unida y fuerte, y juego con un supuesto potencial atómico europeo, en el que podrían coparticipar los alemanes (idea ésta inaceptable para los rusos) (47).

Las contradicciones y especulaciones de Strauss no hacen más que confirmar las reservas manifestadas al principio, pese a lo laudable que es la lucha y vitalidad del actual ministro de Hacienda.

3.2. La *detente*

Justamente este hecho, el fin de la guerra fría, es la base de la nueva política de América, y ante la que se encuentran tan desamparados los alemanes. Uno de los motores de todo el cuadro conceptual de la política europea de la RFA en los años cincuenta, cuyo portador fue Dulles, era la imposibilidad de admitir el *status quo* y el pacto con los representantes del diablo que eran los rusos, y con el diablo mismo que era Ulbricht. Esto creaba una situación de intranquilidad en el mundo, lo que tenía como consecuencia el plantear siempre la división de Alemania y la necesaria reunificación.

Cuando se ha visto que, de acuerdo con una evolución normal en política, donde nunca se dan enemistades eternas, los americanos y los rusos empiezan a entenderse, a admitir zonas respectivas de influjo, a buscar la tranquilidad, creando conjuntamente un club para evitar la proliferación atómica cuya base es la desvergonzante exclusión de todos, a evitar desplantes —¿cabe algo más asombroso que la calma rusa ante los ataques a Vietnam del Norte?—, a llegar, en una palabra, a un *modus vivendi*, entonces el gran motor de aquella política de la RFA de constante reivindicación que

(46) En *Dokumentation*, núm. 16, at., pág. 24.

(47) Estos puntos en *ENTWURF*, *passim*, y en *Dokumentation*, CSU, «Rede des CSU-Landesvorsitzenden», cit., pág. 42: «Sólo cuando Europa tenga un propio potencial atómico se puede pensar en una reducción hasta el 50 por 100 de las "tropas americanas"».

lo quería todo y no quería ningún pacto a medias, o contacto con el diablo, tiene que tambalearse, más, hundirse.

En este momento había que replantearse todo el sentido de esas medidas formuladas para obtener una reunificación a un cierto plazo, en base a un acto ruso de gracia generosa: doctrina Hallstein, relaciones con Pankow en una palabra, toda la política oriental inexistente hasta entonces.

Si bien el equipo gubernamental (48), y en general los partidos de la Unión, no mostraron gran ingenio, liberales y socialistas se han lanzado a la busca de nuevos caminos, en un campo que todavía estaba prácticamente sin explotar en la concepción de la política europea alemana, centrada, hasta ahora, en la obsesión del proceso de supervaloración de la pequeña Europa y la subordinación a América: las relaciones con los países centroeuropeos y *last but not least*, con Pankow

3.3. La "nueva" política europea de Alemania

La máxima actividad de este punto se ha producido a partir de la Gran Coalición. En la declaración del nuevo Gobierno de 13 de diciembre de 1966, el tono es diferente, y si bien la OTAN sigue siendo «vital», se deja como posible un cambio en la «estructura de la alianza» dado las modificaciones del mundo, y si se canta la unidad política y económica de Europa, con la participación de Inglaterra y los países de la EFTA, se dirá que «el papel decisivo para el futuro de Europa está en el desarrollo de la relación francoalemana» (49).

Pero, sobre todo, es la declaración de «establecer relaciones diplomáticas siempre que las circunstancias lo permitan» con los países vecinos orientales, lo realmente nuevo sobre la mera expresión a lo Erhard de «fomentar el comercio, fortalecer los tratados culturales y despertar una comprensión mutua» (50) siempre preocupado con la posible «revalorización» del régimen de Ulbricht, así como también es significativo el recuerdo de Kiesinger para la «historia llena de sufrimientos de Polonia», aunque no dará el paso definitivo de acabar con el «mito de las fronteras», reconociendo la Oder-Neisse.

Es lógico que un Gobierno compuesto por socialistas, que en el último

(48) Vid. nota final en 3.1.

(49) *Das Kabinett Kiesinger, Die Regierungserklärung*, vom 13 Dez. 1966, páginas 24 y sigs.

(50) KIESINGER, op. cit., pág. 23; ERHARD: *Regierungserklärung*, cit., pág. 42 (declaración de Gobierno, 10 de noviembre de 1965) (nota 10).

tiempo se habían destacado por una activa *Deutschlandpolitik*, trajese nuevos aires. En otoño de 1966, pocas semanas antes de la Gran Coalición, Wehner, cerebro del SPD, y hoy justamente al cargo del Departamento para Asuntos Alemanes, había levantado gran polvareda con una *Deutschlandpolitik* sin titubeos y resentimientos, y con su propuesta de «una comunidad económica alemana» que abarcarían Bonn y Pankow (51). Otros publicistas tratarían de configurar la base de esa política nueva hacia la Europa ignorada, la comunista, proponiendo aceptar las consecuencias del reconocimiento *de facto* de Ulbricht, la caída de la cláusula de revocación insertada en contratos de comercio entre las dos Alemanias, para el caso que se impida el libre tránsito a Berlín, así como la cláusula de Berlín que debe estar en todos los acuerdos internacionales que firme Bonn si han de tener vigor en Berlín occidental (52).

El Gobierno de Kiesinger, siguiendo unos primeros pasos de Schröder, ha establecido ya relaciones diplomáticas con Rumania, ha intentado con Checoslovaquia, Bulgaria, y encuentra la frialdad de Polonia.

Resulta curioso, pero sintomático, que el partido más avanzado de esta nueva política hacia Europa, influjo directo de De Gaulle, sea el liberal, hoy en la oposición. Y al escribir estas líneas se publican en los periódicos los catorce puntos sobre la «Política de Alemania», de Eric Mende, el líder liberal, que ostentaba, hasta la Gran Coalición, el puesto que hoy tiene Wehner. Propone Mende una serie de medidas institucionales comunitarias entre ambas Alemanias, intercambio cultural, estudio sobre compaginación de los respectivos órdenes jurídicos y económicos, etc., lo que supone un «estar al lado regulado» de ambos regímenes (53). Y es un miembro del partido liberal el último al causar el escándalo al afirmar que hay que reconocer la frontera Oder-Neisse y aceptar como un estado de hecho el régimen de Ulbricht. El escándalo de los fariseos ante la verdad no cambia nada la verdad de dicha afirmación (54) y pone de manifiesto el valor del político de no ocultar la realidad a sus conciudadanos.

3.3.1. *Augstein y el "Spiegel"*.—Pero en esta revisión de la tradicional política exterior y europea-alemana no puede faltar una referencia a Rudolph

(51) Cito de *Die Zeit*, 21 de octubre de 1966, donde se anunciaba un libro de WEHNER al respecto, *Staatserhaltende Opposition, oder hat die SPD kapituliert*, en Rowohl, no sé si se ha publicado.

(52) SOMMER; *Die Zeit*, 28 de octubre de 1966.

(53) *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 5-4-1967. «Die 14 Thesen der FDP».

(54) Vid. *Der Spiegel*, 15-67, entrevista con Eric Mende a raíz del «salto mortal» del tesorero del partido liberal (FDP), Rubin, el autor de dichas propuestas. (Al revisar este artículo en pruebas, se han reanudado las relaciones con Yugoslavia.)

Augstein, el propietario y editor del más famoso semanario alemán, *Der Spiegel*, que adquirió proyección internacional con el secuestro del que fue objeto, y que llevó a que Strauss perdiese su puesto de ministro de Defensa, ante el veto de los liberales que no aceptaron ni la actuación de Strauss contra el *Spiegel*, ni su pública negativa de haber intervenido en la persecución de dicho semanario, lo cual parece ser que no era cierto.

Augstein, brillante y sensible polemista, muy versado en política contemporánea —que los alemanes llaman *Zeitgeschichte* (Historia del tiempo)— ha publicado artículos firmados, otras veces con el pseudónimo de «Moritz Pfeil», así como sus conferencias y discusiones públicas sobre el problema de la política interior y exterior de la República Federal.

Augstein se ha creado una cierta fama internacional y se le ha invitado a exponer sus puntos de vista en Londres, París, etc., en diversos centros privados. Augstein ha sido, a lo largo del tiempo, un enemigo político y hasta personal de Strauss, con el que se ha visto enfrentado por diversas querellas, difamaciones, etc.

Augstein, con la alegría y algo de irresponsabilidad que tiene toda persona sin cargo político, y desde el baluarte de su semanario —una mezcla de cierta pretensión intelectual y minuciosidad científica junto a una lamentable crónica de sucesos y anécdotas escandalosas e intrascendentes, con burdos plagios del *Time* o *Newsweek*— con más de medio millón de tirada, ha sido el gran crítico de las contradicciones en la política del Gobierno federal desde su constitución. Adenauer, Barzel, Lübke, Strauss, Mende, etc., en fin, todos los políticos alemanes han caído bajo el foco de su ironía y sus propias contradicciones. *Der Spiegel*, fenomenalmente popular entre los estudiantes, no parece tener el más mínimo influjo en las decisiones políticas del país, y ha sido el defensor de muchas causas perdidas, se opuso a Lübke, que fue reelegido, a la gran coalición que se llevó a cabo, etc. Esto sería un interesante punto de partida para llevar a cabo un estudio comparativo sobre la mutua relación entre la prensa (*Times*, *New-York Times*, *Le Monde*, etc.), y la política de los diferentes países. Augstein, con su *pathos* y sus protestas, y su corrosiva crítica, es una figura curiosa en el ambiente de paz y de autosatisfacción que ha reinado en la fabulosa reconstrucción social, económica e industrial de la República Federal Alemana.

El carácter negativo de los muchos años de crítica ejercida por Augstein quedó claro al principio de un «Hearing político-literario» en el que se interrogó a Augstein sobre la «política para Alemania», en el tercer programa de la *Norddeutsche Rundfunk*, cuyo texto fue publicado por el *Spiegel* (55).

(55) *Der Spiegel*, núm. 3, 1957. «Fragen nach Deutschland».

No interesa aquí tanto el relatar la evolución política de Augstein y merece más la pena hacer una breve referencia a sus últimos escritos sobre la *Deutschlandpolitik*.

Recien finalizada la crisis gubernamental del último otoño de 1966, Augstein, bajo el seudónimo de «Moritz Pfeil», publicó un artículo con el título «El CDU no es capaz de una coalición» (56), mostrando las contradicciones de la política de reunificación y europea del nuevo Gobierno:

— Querer mantener buenas relaciones con Francia y América, sin querer mejorar sus relaciones con los comunistas.

— No querer aceptar el fin de la guerra fría y con ella persistir en ignorar el régimen de Ulbricht, que no hace sino aislar a la RFA.

— Este constante maldecir a los comunistas y el aislar a la República de Pankow —típico de los gaullistas alemanes— no hace sino evitar o retrasar el proceso de autonomía Europea, uno de los claros y más positivos componentes de la política de De Gaulle.

La tesis de Augstein: La RFA debe dejar de considerarse un Estado militarmente amenazado, así como abandonar la idea de que «los rusos son tan peligrosos hoy como ayer». La crisis de la política alemana surge con la desaparición del *falso mundo demo-cristiano*.

Tras un violentísimo ataque a Strauss (57), Augstein vuelve al tema de la *Deutschlandpolitik* (58) otra vez para subrayar las «falsas alternativas» que se ha planteado al Gobierno federal de la Gran Coalición. Una de sus primeras observaciones es de una gran lucidez sobre la psicología política de su pueblo: «El sentido formal de los alemanes encuentra cobijo con agrado en las medidas institucionales, en las que se ve toda la salvación.» Augstein echa en cara a Kiesinger y a su Gobierno la falta de una consecuente y activa política con el Este: hay que dejar de autoengañarse con la división de Alemania que se pretende superar con el fetichismo de la seguridad europea; de lo que se trata es de conseguir mejorar la vida material de los ciudadanos del Estado de Ulbricht, hay que pactar con los comunistas: mejorar las relaciones con los franceses se consigue sólo mejorando las relaciones con Moscú, y esto sólo

(56) MORITZ PFEIL: «Die CDU ist nicht bündnisfähig», *Der Spiegel*, núm. 48, 1966.

(57) RUDOLPH AUGSTEIN: «Der Ueberminister», *Der Spiegel*, núm. 40, 1966. «Strauss es lo que ha sido siempre: un oportunista absoluto». R. AUGSTEIN: «Die Depper der Welt», *Der Spiegel*, núm. 52, 1966, conclusión a la que llega AUGSTEIN tras analizar las, según él, demagógicas palabras de STRAUSS — que no hacen sino «cultivar resentimientos nacionalistas» — sobre las tropas americanas en Alemania.

(58) R. AUGSTEIN: «Was sie könnten, was sie müssten», *Der Spiegel*, núm. 3, 1967.

es posible reconociendo ante los rusos al Estado de Ulbricht como una entidad autónoma.

Todo esto no fueron sino apuntes de una más amplia exposición oral que Augstein hizo sobre esta cuestión, en una discusión modelo de orden y solidez por parte de todos sus participantes (59).

Su tesis: nada ha hecho la política alemana desde la creación de la RFA para trabajar realmente hacia una reunificación: el fetichismo de las fronteras, la obsesión para mantener las tropas americanas a toda costa, etc. Y, frente a esto, Augstein, sí presentó una alternativa real a la política de Strauss y Kiesinger:

I. Disposición a aceptar la retirada de tropas americanas y rusas de centro Europa, y con ello...

II. El fantasma del temido *disengagement* así como una zona libre atómica.

III. Reconocimiento de las fronteras actuales del Estado de Ulbricht (Oder-Neisse).

IV. Reconocimiento (?) no *de jure* pero sí *de facto* del Estado de Ulbricht.

V. Disposición a modificar el «exagerado sistema neo-capitalista en el cual la propiedad privada goza de idolatría.

¿Está la prudencia en la política de Erhard-Schröder (Alianza Atlántica, Inglaterra, afirmación de tropas americanas en Europa, poco interés por el Este, inexistencia de Ulbricht, etc.)?, o ¿en la de los gaullistas alemanes (Europa, Francia, reticencias ante América, peligro ruso, ignorancia de Pankow)?, o ¿en la de Kiesinger (América y Francia, peligro ruso, necesidad de tropas americanas, cierta apertura al Este)?, todos ellos en la «cárcel de las pretensiones jurídicas alemanas» (60): intocables fronteras, hasta tratado de paz; sólo un Estado alemán: la República de Bonn, etc.

¿O bien, hay más futuro en las recientes tesis liberales y las más avanzadas —realmente diferentes en 180 grados de Strauss— de Augstein?

(59) El «Hearing político-literario» anteriormente citado, «Fragen nach Deutschland», *Der Spiegel*, núm. 3, 1967.

(60) Formulación de AUGSTEIN. En absoluto he pretendido en esta nota sobre el *Spiegel* agotar todos los puntos que presenta AUGSTEIN. Últimas contribuciones importantes sobre el tema son: *Der Spiegel*, núm. 10, 1967, sobre la reacción precipitada de Bonn ante el pacto de no proliferación atómica entre Washington y Moscú; ídem, número 19, 1967, sobre las relaciones Washington-Bonn y la detente ruso-americana. También, núm. 24, 1967, conferencia de AUGSTEIN en Londres sobre la Gran Coalición.

El autor de estas líneas no está en mejor situación que el lector para decidir esta cuestión. Se trata de una decisión ligada a las más íntimas convicciones de los actores: la apreciación del peligro, de la evolución social, política y económica de la URSS y los Estados Unidos, y de Europa, etc., campo donde difícilmente se puede convencer o demostrar, más bien sólo compartir.

EL DESTINO TRÁGICO DEL ESTADO ALEMÁN

La política europea alemana nació con una contradicción interna: proclamar el objetivo de una reunificación, pero no hacer nada por ella, sino esperar el momento de que ella sola viniera, automática y misteriosamente, de la mano de una integración europea.

Se pensó que haciendo Europa y guardando fidelidad a América, la reunificación vendría por sí sola. El entusiasmo de la política europea en la primera época se debió al hecho de ver sólo a través de ella la posibilidad de la reunificación. La indebida decepción ante la política de De Gaulle y la detente general han abierto el paso a una nueva política europea y a un nuevo y mucho más real camino para acercarse a la reunificación: la activización de las relaciones diplomáticas, culturales, con la Europa oriental, el reconocimiento fáctico de Pankow, los contactos con Berlín oriental para hacer lo máximo por los diecisiete millones de alemanes.

Con todo lo positivo que ha sido el incentivo de De Gaulle para este viraje, la política del general francés deja en el aire el proceso hacia la integración de la pequeña Europa, al rechazar el proyecto de la Comisión Fouchet. ¿Seguirá adelante la integración supranacional para llegar a constituir un bloque monolítico con los seis países del Mercado Común? ¿Se dejará entrar en ese bloque a Gran Bretaña y la EFTA? ¿Se quedará la integración europea en una unión que permita el juego relativamente independiente de los Estados a lo De Gaulle? Una vez roto el deshielo de la guerra fría ¿qué posibilidades de conexión se pueden dar a largo plazo entre los países europeos que ya no constituyen dos bloques contrapuestos?

Y a todo esto, ¿qué relación se establecerá entre esa realidad de la Europa de las patrias, o la integrada, con América?

Es cierto, pues, que realidad y política se han hecho mucho más complejas que cuando reinaba el simplismo de los años cincuenta, con la integración supranacional y la inquebrantable alianza atlántica, pero el cambio final no puede ser más positivo para los propios alemanes. Ya no podrán alinearse en un sueño de Europa unida supranacional, ni abrigarse al cobijo del manto atlántico para esperar su «Estado», sino que tendrán que empezar a construir

hasta el máximo una comunidad con los alemanes bajo dominio comunista, estrechando lazos comerciales, culturales, con ellos y con sus vecinos, en lugar de anatematizar o ignorar.

Y si esto no asegura la posibilidad un día, bien a nivel exclusivamente alemán, o a nivel europeo total, de poder bajar las barreras que separan injustamente a tierras y gentes, que se evite por lo menos caer en el más trágico destino de no haber hecho todo lo posible por acercarse a esa reunificación espiritual y humana, por haber esperado solo, y de un golpe, la unidad política de Alemania y de Europa.

Berlín está dividido por un muro increíble, si no fuera trágicamente verdad, que constituye uno de los mayores escándalos políticos y humanos del siglo. Berlín occidental está rodeado de territorio hostil, y su tráfico de personas y de mercancías ha estado frecuentemente amenazado. Sí, esto es verdad, Berlín es una herida que nunca se cierra y que impide olvidar la división de Alemania. Pero, desde muchos kilómetros de distancia, y con el peligro de ser injusto, el observador no puede evitar tener la impresión de que Bonn, en lugar de hacer todo lo humanamente posible por asegurar la vida y los bienes existenciales a los berlineses y alemanes orientales, pactado con los comunistas, ha jugado propagandísticamente con el «muro de la vergüenza», usando la ciudad como un arma que incitase a conseguir el sueño político del Gobierno Federal: una Alemania reunificada, democrática y occidental, justo lo que actualmente es inimaginable o indigno de un político racional y realista.

El «muro de la vergüenza» ha sido también el instrumento para hacer más vivo en la población alemana occidental un anticomunismo bastante primitivo, y nada propicio a la «detente» y la paz. Sólo en los últimos tiempos la actividad de Brand, con su viaje a Berlín oriental, ha tomado el único camino racional: en lugar de fomentar la tensión, ignorando o condenando a Ulbricht, acercarse y dialogar. Este diálogo —hecho símbolo por Pablo VI en la segunda mitad del siglo XX «como método que busca regular las relaciones humanas a la noble luz del lenguaje razonable y sincero» (61)— con todos los países comunistas del Este, es el único camino verdadero para ayudar a los diecisiete millones de alemanes, en lugar de luchar quisquillosa y obstinadamente por algo inalcanzable en la actualidad: una reunificación política, completa y sin concesiones. Si no se intenta esta reunificación en el diálogo quizá un día se hablará de otro muro de la vergüenza (62).

(61) *Ecclesiam Suam*, 99.

(62) Vid. ABC, 15 de junio, *Carta de Kiesinger a Stoph*, jefe del Gobierno de la Alemania oriental, que hace un serio intento para «evitar que los alemanes vivan distanciados humanamente en este tiempo de forzada división» y disminuir la tensión

Pero no se puede por menos de sentir el destino trágico del Estado alemán a lo largo de la Historia. Hace más de siglo y medio, en aquella «hora de duelo» el año de Jena de 1807, Fichte hablaba así a los alemanes: «... y que por lo menos nos demos cuenta de la nulidad de ese tristemente célebre edificio de un futuro equilibrio del Poder entre los Estados europeos, así como del hecho de que no en ese equilibrio sino sólo en la unidad de todos los alemanes entre sí se encuentra la salvación general.» De nuevo esa tensión entre la realidad de Poder político europeo y la constitución del Estado alemán (63).

ALFREDO GALLEGO ANABITARTE

Prof. Ayudante de la Universidad de Madrid

(Escrito en mayo-junio de 1967.)

R É S U M É

Après s'être rapporté brièvement à l'idée d'unité européenne, l'auteur souligne comment la politique européenne de la République Fédérale Allemande (RFA) s'est réclamée strictement de la politique de réunification, de la "Deutschlandpolitik". L'auteur souligne jusqu'à quel point une connexion logique existait entre les deux politiques, comme le supposait la politique officielle du Gouvernement fédéral.

L'auteur nous offre une analyse détaillée de la politique européenne et étrangère des partis politiques allemands, pour faire le point finalement sur les questions sur lesquelles la politique officielle de la RFA s'est concentrée: intégration en vue d'en arriver à une entité supranationale, fidélité absolue à l'Alliance Atlantique, doctrine Hallstein, tendance à éviter à tout prix une revalorisation (Aufwertung) du régime d'Ubricht, réunification en se prévalant du Droit de la patrie et de l'autodétermination, pas de fixation des

en Europa. La respuesta de STOPH, hoy, ante esta nueva actitud de la Alemania occidental es mucho más dura que lo hubiese sido hace años, quizá: «La postura de Bonn con su pretensión de representar a todo el pueblo alemán, es una increíble ofensa para nuestros ciudadanos y una desvergonzada e indebida intervención en los asuntos internos de la República Democrática alemana», vid. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 23 de junio de 1967.

(63) *Reden and die deutsche Nation*, 1808, Berlín, págs. 417 y 419. «Vom dem berüchtigten Lehrgebäude eines künstlich zu erhaltenden Gleichgewichts der Macht unter den europäischen Staaten... dass wir wenigstens jetzt in seiner Nichtigkeit ihn (esto es, das Lehrgebäude) durchdringen und das wir einsehen müssen, dass nich bei ihm sondern allein bei der Einigkeit der Deutschen unter sich selber, dass allgemein Heil zu finden sei».

frontières jusqu'à le traité de paix définitif, renonciation à la force et aux armes atomiques, conscience de la permanence du danger russe. L'ambient qui entourait cette conception était "la dynamique du développement", la réunification devant nécessairement découler de l'intégration progressive de l'Europe, étayée par la puissance des Etats-Unis.

Mais l'échéance se présenta à cette politique, les créanciers étant alors de Gaulle et la détente russo-américaine. L'auteur analyse le manque de compréhension des Allemands devant la politique gaulliste d'autoconscience et autonomie européenne et également, la conception équivoque des gaullistes allemands, de Strauss spécialement dans son "Projet pour l'Europe".

Il met en relief ensuite l'unanimité des hommes politiques allemands dans leur refus d'admettre l'existence d'une détente réelle. Malgré tout, à partir de la Grande Coalition de 1966, l'on voit apparaître une nouvelle politique européenne vis-à-vis de l'Est. Pour Augstein et quelques autres députés libéraux, aujourd'hui dans l'opposition, la politique officielle de la RFA est toujours "prisonnière de ses prétentions juridiques", le Spiegel étant devenu le porte-parole d'une politique de "disengagement", de zone libre atomique, d'acceptation de frontières, de modification de structures capitalistes, etc., si l'on veut du moins emprunter le chemin d'une possible réunification.

Dans son dernier paragraphe, "Le destin tragique de l'Etat allemand", l'auteur rappelle la tension qui existe, depuis Fichte déjà, entre la formation d'un grand Etat allemand et la réalité du pouvoir politique européen.

S U M M A R Y

After brief reference to the question of European unity, the author points out how the European policies of the German Federal Republic (GFR) have been closely connected with the policy of reunification, the "Deutschland-politik". The author points out to which extent a logical connection existed between both politics, as the Federal Government official politics supposed it to be.

He makes a detailed analysis of European and foreign politics of the German political parties, and concludes by listing the points by which the policy of the GFR has become official; integration in order to become a supra-national entity, absolute loyalty to the Atlantic Alliance, Hallstein doctrine, no revaluation (Aufwertung) of the Ulbricht regime, reunification in principle to the Law of the country and of self-determination, and not to having frontiers until a peace treaty is reached, renunciation to using force and possessing atomic weapons, an awareness that the Russian danger still per-

sists. The atmosphere surrounding this idea was that of the "dynamics of development"; reunification would necessarily have to come from progressive European integration, by American power.

The "time for payment" has come for this policy, De Gaulle and the American-Russian situation being the creditors. The author analyses the lack of comprehension of the Germans regarding De Gaulle's policy of European self-conscience and autonomy, as well as the equivocal conception of the German De Gaullists, especially Strauss, and his "Plan for Europe".

After this there is unanimity on the part of German politicians in denying the existence of a real détente. However, a new European policy towards the East emerges since the 1966 Great Coalition. Augstein and a certain Liberal members, today in the opposition affirm that the GFR official foreign policy is still "a prisoner in the jail of its juridical pretensions", with the Spiegel as the mouthpiece of a policy of disengagement, of free atomic zone, acceptance of frontiers, modification of capitalist structures, if one wants to be on the way, at least, to a possible reunification.

In the last part "The tragic destiny of the German State" the author ends with a note about the tension already present since Fichte between the formation of a great German State and the reality of European political power.

